



IV Sección

Educación y cultura en el siglo XXI

La traducción y la comunicación en un mundo diverso e intercultural

Pilar Úcar Ventura
Universidad Pontificia Comillas, España
pucar@comillas.edu
[https:// orcid.org//0000-0002-7030-198X](https://orcid.org/0000-0002-7030-198X)

Recibido: 22 de marzo de 2020

Aceptado: 25 de abril de 2020

Resumen: Muchos autores literarios a lo largo de la historia se han ocupado de la función -misión- del traductor en su época: Alfonso X el Sabio, Cervantes, Feijoo, entre otros. La traducción de textos, su traslación y en algunos casos la recreación, supone mucho más que un simple ejercicio didáctico o laboral, ya que el traductor desarrolla una importante posición mediadora en nuestra sociedad, en un mundo diverso: comunicar con la palabra. Conviene enfatizar el papel vehiculador que aporta el quehacer del traductor –en muchos casos solitario y en ocasiones marginado-, pues deviene en responsable de conectar significados y contenidos que revelan parámetros y referentes de una sociedad determinada.

Nuestro objetivo consistirá en desarrollar las ideas anteriores y profundizar en la afirmación de que los traductores no son *mecanógrafos con conocimientos de lenguas extranjeras*, sino que han de hacer gala de un nutrido bagaje cultural, de intuición, de imaginación, de creatividad, de genialidad y de dotes de improvisación en tiempos de la globalidad. El traductor elimina fronteras idiomáticas y relaciona diferentes modelos de sociedades para comunicar con ánimo de comprender el siglo XXI al que pertenecemos: se comunica de una cultura a otra, de una sociedad a otra. Su función principal, por tanto, consiste en vincular comunidades y núcleos sociales. Y dicha tarea adquiere connotaciones didácticas y metodológicas para



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](http://www.universidadcostarica.ac.cr) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/cr/). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr.

aplicar en el aula de lenguas: todo un aprendizaje para la evolución del idioma en sociedad.

Realizaremos un recorrido por las principales etapas de la historia literaria para determinar el valor de epítome que ha tenido el traductor.

Palabras clave: Traducir; comunicar; diversidad; interculturalidad; sociedad y traducción

Translation and communication in a diverse and intercultural world

Abstract: Many authors along history have had the job, the mission of being the translators of their times: Alphonso “the Wise”, Cervantes, Feijoo, among others. The translation of texts, and, in some cases, their recreation, it is much more than a simple didactic or work exercise, since the translator develops and important mediator position in our society: communicate with words. It is important to emphasize the intermediary role that the work of the translator has— in many cases, lonely; even isolated— because he is responsible of connecting meanings and content that reveal parameters and models of a given society.

Our objective will be that of developing the previous ideas and deepening in the affirmation that translators are not *typist with knowledge of foreign languages*, but have to display enormous cultural background, imagination, creativity, geniality and improvisation skills in globalization times. The translator goes beyond linguistic boundaries and connects different models of societies to communicate with the idea of understanding the 21st century, the one we belong to: the translator communicates from one culture to another, from one society to another. And so, the main task of a translator is to create links between societies and social groups. Said task takes didactic and methodologic connotations when it comes to applying it to the language class: a great learning for the evolution of language in society.

We will go through the main stages of literary history to see the epitome that the translator has been.

Key words: Translate; communicate; diversity; intercultural ; translation and society



1. Introducción

Parece pertinente iniciar estas páginas con un recuerdo al rey Sabio, que en su libro dos de *Las siete partidas* (S.f.), se lee:

Estudio es ayuntamiento de maestros y escolares, que es hecho en algún lugar con voluntad y con entendimiento de aprender los saberes, y hay dos maneras de él: la una es la que dicen estudio general, en que hay maestros de las artes, así como de gramática y de lógica y de retórica y de aritmética y de geometría y de música y de astronomía, y otrosí en que hay maestros de decretos y señores de leyes; y este estudio debe ser establecido por mandato del papa o del emperador o del rey. (Partida segunda, Título 31, párr.2)

[...] Para ser el estudio general cumplido, cuantas son las ciencias, tantos deben ser los maestros que las muestren [...] pero si de todas las ciencias no pudiesen tener maestros, abunda que los haya de gramática y de lógica y de retórica y de leyes y de decretos. (Partida segunda, Título 31, Ley 3, párr.1)

Sabios y de gran relevancia son los consejos que nos da el monarca *ilustrado* y que se avienen con el hecho de que en no pocas ocasiones hemos aludido con mayor o menor fortuna, pero sí con detalle a la importancia que tiene desde tiempos inmemoriales la palabra. Lo constatamos desde la convicción más profunda en unos tiempos convulsionados por la imagen, las tecnologías, la rapidez y lo inmediato; como si el valor de la palabra hubiera empequeñecido.

Somos conscientes de que la palabra constituye un baluarte y es portadora de la idea, la llave con la que se abren y explican nuestros conceptos. Pero no es solo eso, además, las palabras son imágenes de las obras, indicios de lo que el pecho esconde e hijas del entendimiento, así como testigos que informan de su capacidad. La palabra supone el vehículo de la inteligencia; y la inteligencia, la señora del mundo material, en opinión de Úcar (2008, p.34).



Toda palabra, por tanto, es la imagen y el signo de una ilusión. Y cuando es palabra de verdad, es la fuerza creadora que eleva al hombre sobre la naturaleza inhumana y bruta; el hombre es hombre por la palabra, en definitiva.

Así pues, y a tenor de lo dicho con anterioridad, apuntamos que la palabra constituye un medio, un instrumento a través del que expresamos nuestros sentimientos, pensamientos, ideas y nuestra propia forma de percibir el mundo; por lo tanto, supone el reflejo cultural de una sociedad en un momento determinado.

Sin embargo, y sin incurrir en conceptos paradójicos, nada puede haber tan *contingente* y *circunstancial* como una palabra en torno a la cual cristalizan sentimientos, afirma Sapir (1961), porque la palabra es mitad de quien habla y mitad de quien la escucha (Scollon, 1995).

En cualquier caso, y sean cuales fueren las reflexiones iniciales con las que se quiere comenzar el presente artículo, la libertad de palabra, de expresión, de pensamiento y de prensa han de ser baluartes inexpugnables de nuestro modelo de sociedad occidental.

2. Historia

Este capítulo se centra en exponer el ámbito en el que se va a basar el presente artículo: un contexto con raíces históricas que han dejado profundas huellas para la posteridad y que conviene tener en cuenta.

2.1. Contexto

La palabra y conocer con sabiduría los matices que se derivan de la misma: la palabra que configura la lengua, el idioma de cada uno y el aprendido o adquirido con el tiempo, serán los principales engranajes contextuales en los que se enmarcan nuestras afirmaciones.

Disposición y habilidad necesarias para el traductor: el conocer las lenguas con las que va a trabajar, son las herramientas que pone a funcionar para vehicular y conectar sociedades y culturas en un mundo globalizado e intercultural; sin



compartimentos estanco. De ahí que sea imprescindible el perfecto conocimiento de las dos lenguas; quizá entendido como un arte, imitación de la traducción, fiel al original; pero a la labor del traductor acechan dos peligros:

- a) la literalidad: que provoca una versión fácil y simple, y
- b) la libertad excesiva: que le lleva a la infidelidad.

Por eso, nos preguntamos: ¿supone la traducción un arte de verdad? (como la pintura, la poesía, la arquitectura o el teatro...), ¿o es un arte como un oficio?

Ha de pensar siempre en la fidelidad a la letra y al espíritu: la dificultad y la menor gloria, pues el traductor debe ponerse en lugar del autor: *copiante sin parecerlo* (el arte, consiste en *no parecerlo*: la humildad, condición necesaria para todo traductor).

Tiene que asumir la figura no de un compositor, sino la de intérprete.

Un concepto que ayuda a la comunicación, vehicular sociedades, es la originalidad de cada lengua, lo que se denomina el *genio de cada nación*, lo genuino y lo auténtico, que el traductor debe conocer: algo más que un conocimiento lingüístico de la cultura de cuya lengua traduce, tal y como afirma Blum-Kulka (1996, p.123).

De ahí que uno de los objetivos de las traducciones suponga enseñarnos la cultura extranjera, sin barreras, tendiendo puentes. De esta manera, sostiene Lotman (1999), podremos conocer realmente el genio del que venimos hablando, propio de cada nación, lo que marcará el estilo de cada lengua, formado por tres caracteres que describimos a continuación:

-Carácter lógico. El mecanismo de la frase: nace de un orden universal, pero cada lengua tiene su articulación propia: sujeto, verbo, complemento, etc.; por ejemplo, en español.

-Carácter usual. Los usos propios de cada idioma, sin relación con la universalidad a la que apunta el carácter lógico.

-Carácter o genio moral. Expresiones, giros, imágenes, propias de cada lengua; completamente particulares e intraducibles.



2.2. Ejemplos literarios. Siglo de Oro y neoclasicismo

Con estas premisas, traemos a colación parte de unas líneas de *Don Quijote de la Mancha* (Cervantes, 1999), en las que se alude al oficio del traductor, tan certeramente perfilado en la primera parte de su libro:

... Sucedió, pues, que yendo por una calle, alzó los ojos don Quijote, y vio escrito sobre una puerta, con letras muy grandes: *Aquí se imprimen libros*; de lo que se contentó mucho, porque hasta entonces no había visto imprenta alguna, y deseaba saber cómo fuese. Entró dentro, con todo su acompañamiento, y vio tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta, enmendar en aquella, y, finalmente, toda aquella máquina que en las imprentas grandes se muestran. Llegábase don Quijote a un cajón y preguntaba qué era aquello que allí se hacía; dábanle cuenta los oficiales; admirábase, y pasaba adelante. Llegó en otras a uno, y preguntóle qué era aquello que allí se hacía. El oficial le respondió:

- Señor, este caballero que está aquí –y enseñóle a un hombre de muy buen talle y parecer y de alguna gravedad- ha traducido un libro toscano en nuestra lengua castellana, y estoyle yo componiendo, para darle a la estampa.

- ¿Qué título tiene el libro? –preguntó don Quijote.

A lo que el autor respondió:

-Señor, el libro, en toscano, se llama *Le Bagatele*.

- ¿Y qué responde *le bagatele* en nuestro castellano? –preguntó don Quijote.

-*Le bagatele* –dijo el autor- es como si en castellano dijésemos los juguetes; y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y sustanciales.

-Yo –dijo don Quijote- sé algún tanto del toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. Pero dígame vuesa merced, señor mío, y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuestra merced, sino por curiosidad no más: ¿ha hallado en su escritura alguna vez nombrar *piñata*?

-Sí, muchas veces –respondió el autor.



-Y ¿cómo lo traduce vuestra merced en castellano? –preguntó don Quijote.

- ¿Cómo lo habría de traducir –replicó el autor-, sino diciendo *olla*?

- ¡Cuerpo de tal! –dijo don Quijote-, y qué adelante está vuesa merced en el toscano idioma! Yo apostaré una buena apuesta que adonde diga en el toscano *piace*, dice vuesa merced en el castellano *place*; y adonde diga *più*, dice *más*, y el *su* declara con *arriba*, y el *giù* con *abajo*.

-Sí declaro, por cierto –dijo el autor-, porque esas son sus propias correspondencias.

-Osaré yo jurar –dijo don Quijote- que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios ni los loables trabajos. ¡Qué de habilidades hay perdidas por ahí! ¡Qué de ingenios arrinconados! ¡Qué de virtudes menospreciadas! Pero, con todo esto, me parece que el traducir de una lengua en otra, como sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las oscurecen, y no se ven con la lisura y la tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio ni elocución, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel. Y no quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir; porque en otras cosas peores se podría ocupar el hombre, y que menos provecho le trujesen. (p.703)

Aunque la cita es larga, hemos considerado adecuado reproducirla en su total extensión por el valor que transmite para el objetivo que nos ocupa: la función social del traductor. Y, además, qué duda cabe que la lengua cervantina supone un modelo para comunicadores y traductores, pues facilita la comprensión sintáctica y semántica, pilares del buen quehacer de todo traductor.

Avanzando a lo largo de la historia de nuestra literatura encontramos más adelante, con el paso de las décadas, en el siglo XVIII, al Padre Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764), que en su obra *Teatro crítico universal* (1742) (como se cita en Barroso, 2006) nos recuerda:



Concédesse que, por lo común, es vicio del estilo la introducción de voces nuevas o extrañas del propio idioma. Pero ¿por qué? Porque hay muy pocas manos que tengan la destreza necesaria para hacer esa mezcla. Es menester para ello un tino sutil, un discernimiento delicado. Supongo que no ha de haber afectación, que no ha de haber exceso. Supongo también que es lícito el uso de voz de idioma extraño cuando no hay equivalente en el propio; de modo que, aunque se pueda explicar lo mismo con el complejo de dos o tres voces domésticas, es mejor hacerlo con una sola, venga de donde viniere. Por ese motivo, en menos de un siglo se han añadido más de mil voces latinas a la lengua francesa y otras tantas y muchas más, entre latinas y francesas, a la castellana. Yo me atrevo señalar en nuestro nuevo diccionario más de dos mil, de las cuales ninguna se hallará en los autores españoles que escribieron antes de empezar el pasado siglo. Si tantas adiciones hasta ahora fueron lícitas, ¿por qué no lo serán otras ahora? Pensar que ya la lengua castellana u otra alguna del mundo tiene toda la extensión posible o necesaria solo cabe en quien ignora que es inmensa la amplitud de las ideas, para cuya expresión se requieren distintas voces. (p.33)

Y sin abandonar la misma época, redundando en las palabras anteriores, el afrancesado José Cadalso (1741-1782), en “Noches lúgubres” (citado en Garrosa y Lafarga, 2004) -imitadas de “Night Thoughts”, de Young- perteneciente a su famosa obra *Cartas marruecas* (1773-1774, publicadas en 1789), inspiradas por las *Lettres Persanes* de Montesquieu, aboga por la defensa de la lengua española y también por las traducciones. De esta manera aconseja que el método ideal para traducir consiste en:

(Leer) un párrafo del original con todo cuidado; procuraba tomarle el sentido preciso; lo meditaba mucho en mi mente, y luego me preguntaba yo a mí mismo: si yo hubiese de poner en castellano la idea que me ha producido esta especie que he leído, ¿cómo lo haría? (p.236)



El interés por la traducción ya se venía presenciando desde hacía tiempo hasta nuestros días, como hemos visto en los anteriores ejemplos.

3. Traductor. Sociedad. Comunicación

A continuación, vamos a describir el papel que desarrolla el traductor en nuestros días, teniendo en cuenta los testimonios literarios que hemos presentado en la sección anterior; de esta manera se podrá perfilar su misión dentro de una sociedad marcada por la comunicación.

3.1. El traductor en la sociedad

Observamos que la traducción de textos, su traslación, y en algunos casos, la recreación, supone mucho más que un simple ejercicio didáctico o laboral, ya que el traductor desarrolla una importante posición mediadora en nuestra sociedad. Por otro parte, dicha labor del profesional de la traducción, en no pocas ocasiones infravalorada, supone un ejercicio constructor de la palabra, a la vez que actúa como generadora y creadora de matices insospechados, que desvelan los entresijos sociales en que se enmarca su profesión.

Conviene, por tanto, no obviar el papel vehiculador (Ellis, 1984) que aporta el trabajo del traductor –en muchos casos solitario y en ocasiones marginado-, si consiente en la pérdida de interacción social, aislamiento que dará que hablar cada vez más, pues le llevará a una existencia ermitaña -y nuestra esencia en esta ocasión, reza la diversidad y la interculturalidad- al conectar significados y contenidos que revelan parámetros y referentes de una sociedad determinada con la sociedad lingüística y cultural de mayor vigencia, de total actualidad.

Y la historia no es avara en aportar ejemplos significativos que avalan tal afirmación: desde los sabios extranjeros reunidos en Toledo junto al rey Alfonso X, hasta los investigadores y traductores de nuestros días, de la actualidad más vigente: todos ellos transmisores –consultores incluso- de un conjunto de saberes que conforman el acervo cultural de la sociedad y que configuran el engranaje de la realidad en que



vivimos y de la que no nos podemos sustraer en la nueva centuria que ya encaramos.

Los nuevos medios de comunicación y las nuevas tecnologías dotan al traductor de la capacidad de decisión –importante función comunicativa- a la hora de desarrollar y ejercer su trabajo, a la vez que ofrecen incluso una mayor movilidad, pues hace ya tiempo que la distancia geográfica no constituye un criterio determinante para la adjudicación y ejecución de trabajos de traducción.

En la conciencia de todos está y en el acervo cultural se mantiene que los traductores no son *mecanógrafos con conocimientos de lenguas extranjeras*, aunque casi siempre conviene de forma casi absoluta y necesaria que actúen de lector o corrector, según sostiene Hurtado Albir (1999, p.56).

Con tal fin, y como uno de los objetivos primordiales, tendrán que hacer gala de un nutrido bagaje cultural (insistimos, desde la globalidad), de intuición, de imaginación (aceptando la intercultural), de creatividad y diversidad, de genialidad y de dotes de improvisación en tiempos que corren, de ausencia de fronteras idiomáticas en que el traductor transporta, relaciona y en definitiva vincula diferentes modelos de sociedades y los vuelca al alcance del curioso universalista con ánimo de comprender el siglo XXI al que pertenecemos.

Por eso, casi asistimos ya al punto de finiquitar el trabajo traductológico rodeado de enciclopedias, diccionarios, revistas especializadas, entre otros; a partir de ahora, el traductor dispone de una posición laboral conectada a Internet, con la consiguiente capacitación de todo tipo de posibles e imaginables programas, páginas *web*, dirección de correo electrónico, bases de datos, etc.; para ello, el traductor será a la vez informático (Carcedo, 1998, p.168) porque dominará todas las funciones de Internet y numerosos procesadores de textos, y de esta manera se asegura una adaptación absoluta a los deseos del cliente y de la sociedad en que va a desarrollar de manera eficaz y efectiva su trabajo.

3.2 El traductor y la comunicación. Hoy: diversos e interculturales



Vamos a recordar que el hecho de traducir conlleva comunicar, y se comunica de una cultura a otra, de una sociedad a otra; de ahí la importancia de la interacción cultural por parte del traductor si quiere transmitir distintos referentes culturales que pertenecen a diferentes comunidades culturales, cuyos rasgos distintivos pueden variar de una a otra.

Entendemos por comunicación el intercambio y la negociación de información entre al menos dos individuos gracias al uso de símbolos verbales y no verbales, de modo oral, escrito o visual, dentro de los procesos de producción y comprensión (Littlewood, 1996, p.236); el traductor conecta comunidades, núcleos sociales, a saber, el interior y el exterior de dichos conjuntos separados por límites o fronteras que representan el elemento de separación entre lo propio y lo ajeno, y abre la posibilidad de comunicación mediante la traducción. En resumidas cuentas, tiene una mano entre la diversidad para lograr un todo completo y unificado.

Convendría, mientras tanto, preguntarnos si el traductor ocupa el centro de la sociedad (como agente de la comunicación), o bien se ubica en sus márgenes (Lotman, 1999, p.45), pues hemos admitido, líneas arriba, el hecho de que la de traducción puede ser una actividad solitaria, aunque auxiliada en la actualidad por la facilidad de las conexiones cibernéticas.

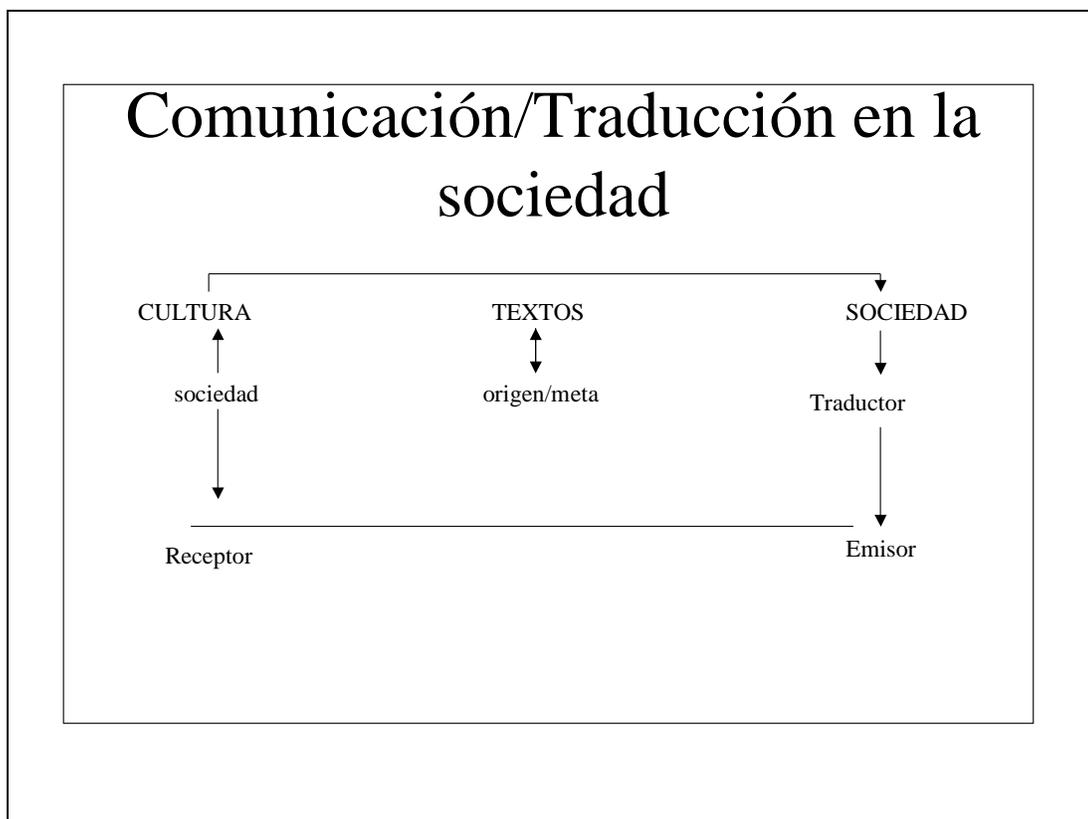
Apoyamos la idea de que la posición del traductor plantea una paradoja en sí misma, pues se encuentra en el centro de la sociedad y, a la vez, en sus márgenes, ya que cumple una función fundamental en el sistema de comunicación y, además, actúa entre dos culturas y dos lenguas.

Y así, destacamos la conveniencia de resaltar la notoriedad que debería alcanzar el papel del traductor como canal transmisor en el complejo proceso de la comunicación y así no lamentar posiciones relegadas a que se ven abocados muchos profesionales de la traducción, ahora que parecen asentarse los cimientos institucionales para la educación universitaria de los traductores y de la que hablaremos más adelante.



Apostamos, pues, junto a Sánchez Trigo (2002, p.78), en sus palabras acerca del aumento en los datos indicadores de un mayor y progresivo ascenso geométrico de la conciencia y del sentir disciplinarios de la traducción. Traducir no es algo vicario, sino fundamental.

Creemos, por tanto, que el traductor, en definitiva, constituye un mediador lingüístico y lo vamos a ejemplificar en el siguiente cuadro:



A simple vista, se observa la función de emisor que ocupa el traductor en la sociedad, de un emisor mediador e intermediario que conecta o vincula textos de la lengua origen a la lengua meta, dentro del proceso de comunicación, y que permite inscribir una sociedad y una cultura en otra desconocida. Por consiguiente, el traductor, prolonga también su papel de canal al hacer posible la conexión entre



sociedad y cultura receptivas de unos nuevos referentes; sin olvidar que la cultura es un sistema de símbolos, significados, signos y normas transmitidos históricamente hasta el presente, y que el hombre es capaz de interpretar, en opinión de Scollon, (1995, p.28).

De dicha afirmación subyace lo que se ha dado en llamar sociopragmática en tanto “restricciones sociales y culturales en el uso de la lengua en su contexto”, mantiene Blum-Kulka, (1996, p.193).

El traductor se hará cargo de transmitir, por un lado, tanto los comportamientos espontáneos, pero fuertemente codificados, que adoptan los hablantes nativos en la comunicación, como los conocimientos de los hábitos sociales implícitos en los actos de habla, sin olvidar los parámetros que hoy marca la diversidad en la que insistimos de manera fehaciente.

El enfoque comunicativo exige, por lo tanto, la inserción, más que la sola introducción de lo cultural, puesto que se trata de una orientación didáctica, que tiene muy presente la idea de que no solo se traduce con competencia lingüística, sino también con competencia extralingüística, es decir, con saberes, ideas y creencias acerca de las cosas.

3.3 El enfoque cultural

Siguiendo esta línea de conceptos, se advierte cómo el hecho de disponer de determinadas pautas culturales genera determinados comportamientos comunicativos y, por consiguiente, la elección de determinadas formas lingüísticas a la hora de traducir textos, según Miquel y Sans (1992, p.17).

Por lo tanto, se debería vincular las sociedades tal y como se manifiestan a través de su lengua; pues, como ya se deduce de la expresión “cultura velada” (*hidden culture*) a partir de la terminología de Byram, (1999, p.30), resulta imposible traducir una lengua sin hacer continua referencia a la cultura de sus hablantes, miembros de una sociedad determinada, dado que la lengua se refiere implícitamente a la percepción del mundo y a los códigos de comportamiento de aquellos.



Así pues, si se acepta, según lo anticipado arriba, un planteamiento vertebrado referido a lo cultural y a lo social, ejemplificado en los textos con que va a trabajar el traductor, deberemos partir de la concepción teórica que considera las lenguas hechos de cultura, actividad que crea y difunde cultura; o, en parecidos términos, que las lenguas constituyen el molde, el medio y la carcasa de prácticas sociales y estructuras mentales, que nos permiten relacionarnos entre nosotros y con el resto, admite Casado Velarde (1988, p.42), a través del conocimiento de las obras traducidas, y, por consiguiente, superar el concepto de simples códigos abstractos, de puras formas lingüísticas: nos encontramos frente a la creación del traductor.

A muy similares reflexiones llegó Edward Sapir (1961, p.78), quien concluía que una lengua y la cultura de sus hablantes no pueden ser analizadas de forma aislada la una de la otra; a esta labor imbricadora contribuye la obra del profesional de la traducción que se halla imbuida de una sociedad que la acoge como propia.

Para él, la lengua debe ser vista como una manera de representar la experiencia humana y de entender el mundo, puesto que los miembros de una comunidad de habla, de una sociedad, comparten sistemas de comportamiento y comprensión que fundamentan su construcción de la realidad.

Dichas construcciones, interpretación de fenómenos objetivos, creencias e historias se conceptualizan y se expresan a través de la lengua; es decir, que formas de referencia y formas de expresión crean un tejido inextricable, que desentraña el traductor y que deposita en el acervo cultural de la sociedad.

En el momento en que el traductor tiene la posibilidad de negociar significado y significante en un discurso en el que el *input* ha de ser comprensible a través de la simplificación de su uso en un contexto determinado, deviene en un participante activo que interactúa y negocia el tipo de datos recibidos de la sociedad a la que desea vincular con la traducción de sus textos para avanzar en el proceso de desarrollo de su interlengua (IL), concluye Ellis (1988, p.134).

4.- Herramientas del traductor



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](http://www.ucr.ac.cr) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/cr/). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr.

En este capítulo pretendemos resumir los recursos de que dispone el traductor para cumplir con los requisitos y las exigencias cada vez más especializadas de nuestra sociedad: más allá de la cultura, llegamos a la intercultura globalizada.

Somos conscientes de que ha de desempeñar un papel global en algunos casos, fronterizo e incluso transversal. Recibe *input* de los medios de comunicación, de las redes, y ha de estar atento y vigilante a la calle, a la sociedad cambiante y en continua transformación. Se ha de mostrar flexible y cercano, con la mano tendida desde la lengua origen a la lengua meta, con un trabajo sutil y elaborado a la vez.

Así pues, el traductor, en su afán por comunicar y comunicarse, utilizará todos los elementos lingüísticos y metalingüísticos que le resulten más familiares y productivos, y de los que se vaya a servir como herramientas activas en el proceso de interconexión idiomática con otras personas; asimismo, dispondrá de los rasgos paralingüísticos, con toda la variedad polisémica que ello comporta. Además, no nos podemos sustraer a la afirmación que garantiza la función social llevada a cabo por parte de los traductores.

Si partimos de las siguientes bases condicionantes de las cualidades de un buen traductor, que definen Richards y Rodgers (1986, p.45), como son un conocimiento adecuado de la lengua del texto de origen y un conocimiento profundo de la lengua de destino, no cabe sino redundar en la importancia de su labor mediadora de creador entre la sociedad a la que representa y la cultura a la que pertenece; de ahí que deba poseer una amplia cultura general y un conocimiento adecuado del tema del texto con el que trabaja y de la terminología utilizada en cada situación específica.

Reconocemos, a su vez, que la labor del traductor tiene aristas, meandros y recovecos, pero siempre se llega a una línea a veces paralela a otra, a diferenciar planos de una misma historia: la que traduce y crea la cultura..., a configurar una sociedad poliédrica, que a modo de prisma garantiza la unidad de sus hablantes.

El gran mérito indiscutible del traductor no configura una geometría plana, sino que posee una intuición más allá del sentido literal y que se encuentra no solo en la



superficie, sino también en el sustrato del idioma. El traductor llega a ser obrero de la palabra; todavía más: artista que sugiere importantes matices connotativos al texto con el que trabaja; lejos de espíritus agoreros que presagian un futuro cercano al abismo profesional, el traductor dota a la sociedad de una interpretación valorativa y sugerente.

A pesar del desamparo que se siente durante los primeros pasos de su actividad profesional, el traductor debería lograr que tal incertidumbre desaparezca con la creación de su obra: un producto tangible y útil, nada efímero, enriquecedor para el propio devenir de la sociedad, y así disipar la sensación de abandono en la *torre de marfil*, hecho corroborado por asociarse de manera romántica –y distorsionada- con la imagen de persona bohemia, versátil y versada en multitud de materias y de dialéctica hábil –charlista- que reina en las tertulias de café.

5.- En la universidad... “a vueltas con la diversidad”

Para ello, parte de responsabilidad deberemos asumir los docentes de traducción e interpretación en las instituciones académicas, en la universidad; nada desdeñable resultará nuestra labor en la búsqueda de la ampliación de nuevos contenidos pedagógicos que reclama la sociedad en la que se ve inmerso el trabajo del traductor.

No está en nuestro ánimo presentar un panorama nada alentador y poco halagüeño para los futuros profesionales de nuestra área, pero sí caer en cuenta de las dificultades que hoy en día entraña ejercer el trabajo de traducir, atisbadas líneas arriba. No en vano observamos en nuestras aulas alumnos, formando parte de esa diversidad, deseosos de iniciar sus estudios de traducción e interpretación por el amor a los idiomas, a la lectura, a la escritura y al discurso lingüístico, en suma, a la “interpretación” del mundo circundante (Carcedo, 1998, p.165).

Así pues, el trabajo didáctico en nuestras áreas determinadas irá orientado al fomento y desarrollo de la autonomía en el aprendizaje de los alumnos, de manera



que el dominio de la materia obedezca a una interiorización de la misma a través de una realidad en el aula conectada con la propia realidad social –configurada en una actualidad real-, en la que se inscriben emisor y receptor, auténticos protagonistas de experiencias metacognitivas a lo largo del proceso educativo, y en el que se promoverá e incentivará la propia autoestima de los alumnos y, por consiguiente, un aumento en el nivel de motivación.

Los profesores hemos de contribuir al pleno y total desarrollo de una sensibilidad intercultural, para que nuestros alumnos sean abiertos y capaces de trabajar con grupos diferentes de culturas diversas.

En nuestro ánimo ha estado el plantear una importante función y misión del traductor en la sociedad: trabajar con textos supone algo más que traducir, que mecanografiar o corregir; gracias a la labor del profesional de la traducción conocemos otros mundos, otras realidades, otras sociedades; vincula y vehicula las posibles fronteras y barreras establecidas por una realidad cambiante, de la que se nos da fiel cuenta con la creación y recreación del texto.

Según dijeron los sabios, palabra es cosa que cuando es dicha verdaderamente muestra con ella aquel que la dice lo que tiene en el corazón, y tiene muy gran provecho cuando se dice como debe, pues por ellos se entienden los hombres los unos a los otros... (Alfonso X, S.f., Partida segunda, Título 4, Ley 1, párr.1)

6. Bibliografía

Alfonso X el Sabio. (S.f.). *Las siete partidas*. Recuperado de <https://www.biblioteca.org.ar/libros/130949.pdf>.

Barroso, A. (2006). *Introducción a la Literatura Española a través de los textos (Tomo II)*. Madrid: Istmo.



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](http://www.universidadcostarica.ac.cr) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/cr/). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr.

- Blum-Kulka, S. (1996). *Interlingual and intercultural communication*. Londres: Hutchison.
- Byram, M. (1999). *Language teachers, politics and cultures*. Londres: Longman.
- Carcedo, M. (1998). Cultura y patrones de comportamiento. Su interacción en la clase de lengua. En *Lengua y Cultura en la enseñanza de español como lengua extranjera*. Actas del IX Congreso Internacional de ASELE, Cuenca, Universidad Castilla La Mancha.
- Casado Velarde, M. (1988). *Lenguaje y cultura. La etnolingüística*. Madrid: Síntesis.
- Cervantes Saavedra, M. (1999). *Don Quijote de la Mancha*. Madrid: EDAF.
- Ellis, R. (1984). *Understanding Second Language Acquisition*. Oxford: Oxford University Press.
- Garrosa, M. y Lafarga, F. (2004). *El discurso sobre la traducción en la España del siglo XVIII*. Barcelona: Reichenberger.
- Hurtado Albir, A. (1999). *Enseñar a traducir: metodología en la formación de traductores e intérpretes*. Madrid: Edelsa.
- Littlewood, W. T. (1996). *La enseñanza comunicativa de idiomas. Introducción al enfoque comunicativo*. Madrid: CUP.
- Lotman, J. (1999). *Cultura y explosión. Lo previsible y lo imprevisible en los procesos de cambio social*. Barcelona: Gedisa.



Miquel, L. y Sans, N. (1992). El componente cultural: un ingrediente más de las clases de lengua, *Cable*, 9, 15-21.

Richards, J. y Rodgers, T. (1986). *Approaches and Methods in Language Teaching: A Descriptive Analysis*. Cambridge: Cambridge University Press.

Sanchez Trigo, E. (2002). *Teoría de la traducción: convergencias y divergencias*. Vigo: Universidad de Vigo.

Sapir, E. (1961). *Culture, language and personality*. Berkeley: University of California Press.

Scollon, R. (1995). *Intercultural communication*. Madrid: Cátedra.

Úcar Ventura, P. (2008). *En el aula de Lengua y Cultura*. Madrid: UPCO.

Zambrano, J. y García, E. (1998). Multimedia: Traductor de Funcionalidades Pedagógicas. Actas del IV Congreso RIBIE: Brasilia.

